

## UNIVERSALISMO PLANETARIO EN LA FILOSOFIA DE JOSE VASCONCELOS

Entre las muchas desgracias que ha padecido este nuestro siglo XX, la peor de todas ha sido, sin duda, el triunfo durante unos años, de la ideología del *racismo*. Los fatídicos campos de Dachau, Auschwitz y tantos otros no fueron más que la organización de un crimen que el racismo plenamente justificaba con su peculiar ideología. Este término nunca se ha empleado mejor que en esta ocasión, para señalar el sustrato racional de un pensamiento puesto al servicio de unas exigencias vitales totalmente extrañas al mismo. Indudablemente, en la década del triunfo del racismo, 1933-1943, vino a ser éste un terrible desafío a nuestra civilización, no sólo cristiana sino también humana. Pero hay que señalar que este desafío no brotó por simple reacción de derrota. No fue el tratado de Versalles, justo o injusto, no hay por qué entrar en el tema, quien incubó el racismo, sino que éste venía ya fermentando durante varios siglos.

En la *Filosofía de la Historia* de José Vasconcelos, sobre la que tanto reflexionó, es éste sin duda un problema capital. Lo que sucede, y es muy de tenerse en cuenta, es que Vasconcelos no estudia la problemática del racismo frente al desbocado nacional-socialismo alemán, pese a ser contemporáneo del mismo, pues lo vivió entre sus 50 y 60 años. Más bien se enfrenta con sus antecedentes ideológicos y busca en lo hispánico la cura de esta terrible aberración para prospectar un futuro con mejores esperanzas. Cómo Vasconcelos ha visto los antecedentes doctrinales del racismo, cómo cree hallar en la hispanidad un ideal contrario en la teoría y en la praxis y cómo de esta teoría y de esta praxis proyecta una futura y definitiva solución a este acuciante tema en la que él llama *raza cósmica* o universalismo planetario, son los tres momentos de esta nota, breve pero pensada, en la que se intentará exponer la visión de la historia de José Vasconcelos.

### 1. ANTECEDENTES TEORICOS DEL RACISMO COMO IDEOLOGIA

A tres situaciones distintas alude Vasconcelos al indagar sobre los antecedentes del racismo: al elemento religioso de los puritanos calvinistas; a la revolución francesa bajo el influjo de las ideas de la Ilustración; al positivismo darwiniano del siglo pasado con su apología de la lucha por la vida.

Sin que hayamos advertido conexiones entre J. Vasconcelos y el pensador español, Ramiro de Maeztu, es de notar que convienen ambos en su profundo rechazo de los fundamentos doctrinales de la teoría racista. Uno de ellos, históricamente el primero, lo enuncia así Maeztu: «El norteamericano no quiere mestizajes. Gracias a su política de desdén y exclusión respecto de los negros, se jacta de que su patria no llegará a ser en lo futuro «un segundo Brasil». El ideal sería que prevaleciera eternamente el *puritano* de tradición inglesa, satisfecho y seguro de sus excelentes relaciones con Dios»<sup>1</sup>. Maeztu se queda aquí corto al enunciar la teología del puritano. No solamente se cree en buenas relaciones con Dios sino que se siente el «*único predestinado*». Al juzgarse, por lo mismo, en las manos benévolas de Dios, tiene la convicción de estar destinado a gozar de los bienes de la tierra, en espera de los del cielo. Sabido es que los puritanos fueron calvinistas celosos. Y es muy conocida la tesis de M. Weber sobre el influjo del calvinismo en la génesis del capitalismo moderno. A la tesis se le han puesto objeciones, se la ha aminorado y precisado. Pero ahí queda el hecho histórico de que las naciones calvinistas: los Países Bajos de Amsterdam, la Inglaterra de Londres y los Estados Unidos de Nueva Inglaterra, señalan el ascenso del capitalismo moderno. Un *pathos* de entusiasmo por el éxito domina esta mentalidad de los calvinistas, al sentirse los preferidos de Dios. El desprecio a los demás vino por su pie. Primeramente hacia el latino y mediterráneo, cristianos minorados. Y mucho más hacia el indio salvaje, dejado de la mano de Dios. La terrible frase inglesa: «good indian ist a dead indian», no es más que la corroboración triste de esta predilección religiosa de Dios, que el católico ha interpretado siempre como herética<sup>2</sup>. Para todos es posible la conversión, es un *slogan* en los escritos de Maeztu sobre este tema. Y J. Vasconcelos insiste en la llamada por Dios de todos los pueblos frente al «credo inflexible de los puritanos»<sup>3</sup>.

El segundo momento que señala detenidamente Vasconcelos como antecedente ideológico del racismo son algunas de las doctrinas de la Ilustración y la crisis revolucionaria que provocan estas doctrinas. Más de un lector pudiera evocar en estos momentos una caricatura, muy popular en los días de la revolución, en la que se veía cómo un noble perseguido y venido a menos, monta en un pobre jamelgo desgualdrapado y, caminando por la campiña, vuelve la cabeza atrás y exclama: «volveremos». Era el repetido «volveremos» del rey o del noble caído en los avatares de la historia. Pero si ellos personalmente no volvieron, retornó una ideología que ellos encarnaban y que había surgido a principios de aquel siglo XVIII. Este tuvo el mérito de acercarse a la historia, no para estudiarla como mera sucesión de fuerzas políticas que luchan entre sí y se desplazan a lo largo de los siglos, sino más bien en su trama cultural y en las causas íntimas que han motivado los sucesos. Desde este intento de comprender la historia por sus causas hondas, Henri de Boulainvilliers, enunció la tesis de la superioridad de la aristo-

1 Ramiro de Maeztu, *Defensa de la Hispanidad*, ed. 3 (Valladolid 1938) p. 152.

2 Recuerda la frase inglesa José Vasconcelos en *Indología. Una interpretación de la cultura ibero-americana* (Barcelona s.a., hacia 1930) p. 75.

3 José Vasconcelos, *Indología...* cit., p. 80.

cracia francesa sobre las otras clases sociales a causa de su origen germánico, pues los francos auténticos son germanos. El Conde de Montesquieu recogió la idea en su celeberrima obra, *Esprit de Lois*. Y en Alemania, Herder, ya en ambiente pre-romántico, exalta la *Germania* de Tácito frente a la envilecida sociedad romana<sup>4</sup>.

Al estallar la revolución, el clérigo y revolucionario Sièyes preguntaba en uno de sus folletos de propaganda: «Qu'est ce que le tiers état? Tout. Qu'a été-t-il jusqu'à présent? Rien. Que demande-t-il? Devenir quelque chose». La tensión que presenta Sièyes es históricamente clara. Si el tercer estado es todo y hasta el presente no ha sido nada, debe llegar a ser algo. De hecho en el siglo XIX no es algo. Vino a ser todo. Con clarividencia lo vio Alexis de Tocqueville, al escribir en 1835-1840 su obra: *La democracia en América*. Pero esto fue lo que en ningún modo pudieron aceptar los aristócratas francos de origen germánico frente a la democracia gala. Es entonces cuando surge, como reacción contra el populismo de Sièyes, contra el hombre demócrata del siglo XIX, la formulación pensada y meditada de la teoría racista. Cuatro nombres es necesario recordar en este momento. Tres del siglo XIX: Conde de Gobineau, H. St. Chamberlain y H. von Treitschke. Y ya en el siglo XX, A. Rosenberg, Ministro de Instrucción durante la época de Hitler, con su obra muy popular un día: *El mito del siglo XX*.

Vasconcelos nunca cita a A. Rosenberg, sin que nos hayamos explicado por qué no se enfrentó con los ideólogos del nacional-socialismo, encarnación del racismo más exasperado. Pero sí cita a los otros tres exponentes de la doctrina racista durante el siglo XIX en Francia y Alemania. Aunque no sea muy del gusto de los franceses, fue el Conde de Gobineau el primer sistematizador de la doctrina racista. Compartió y exaltó su doctrina el citado Chamberlain, un inglés que en su idolatría a la pura raza aria adquiere nacionalidad alemana en cuya lengua escribió una obra fundamental, que vino a ser el ideario de la juventud nacional-socialista<sup>5</sup>. H. von Treitschke fue un historiador que puso todo su bagaje histórico al servicio de la causa de Bismarck con la aceptación íntegra del nacionalismo germánico<sup>6</sup>.

La historia constata que la Ilustración y el Romanticismo se oponían entre sí. Pero, como sucede en todo movimiento complejo cultural, en algún punto importante se reforzaron. Esto acaeció con la idea de oposición entre el noble y el plebeyo como factores históricos, pues algunos ilustrados se pusieron a favor del noble por descender de un pueblo excepcional. El romanticismo germánico trueca a éste en pueblo privilegiado por contener los elementos biológicos de la raza aria, llamada a dominar y a dirigir las otras razas humanas.

Lo peor del caso fue que este exaltado nacionalismo se unió a la

4 Para una visión histórica del racismo y de la actitud de la Iglesia frente a su doctrina, véase A. Basave Fernández del Valle, en GER, t. 19, pp. 599-602; J. Vasconcelos, *La raza cósmica*, ed. 4 (México, Colección Austral 1976). Toda la obra es un alegato contra esta concepción. En *Indología* cit., lo aborda especialmente en p. 72 ss.

5 Houston Stewart Chamberlain, *Die Grundlagen des neunzehnten Jahrhunderts*, ed. 27 (Leipzig 1941).

6 H. von Theischke, *Deutsche Geschichte* (Leipzig 1909).

filosofía más rastrera del siglo pasado, el positivismo. Pero no al positivismo humanitario de A. Comte, sino al despiadado de Darwin y Spencer, al declararse a favor de la lucha por la vida: «*the struggle for life*».

Para mostrar qué significación histórica atribuye Vasconcelos a este positivismo darwiniano, basta acotar este pasaje de su obra: *La raza cósmica*. Dice así: «De la observación de cruzamientos y variedades hereditarias de dichos animales fue saliendo el darwinismo, primero como una modesta teoría zoológica, después como biología social que otorga la preponderancia definitiva al inglés sobre todas las demás razas. Todo imperialismo necesita de una filosofía que lo justifique. El Imperio romano predicaba el orden, es decir, la jerarquía: primero el romano, después sus aliados, y el bárbaro en la esclavitud. Los británicos predicaban la selección natural, con la consecuencia tácita de que el reino del mundo corresponde por derecho natural y divino al dolococéfalos de las Islas y sus descendientes»<sup>7</sup>.

Como síntesis de este primer momento en el que Vasconcelos ha visto los antecedentes históricos del racismo, copiamos las primeras palabras del prólogo a la obra citada: «Es tesis del presente libro que las distintas razas del mundo tienden a mezclarse cada vez más hasta formar un nuevo tipo humano, compuesto con la selección de cada uno de los pueblos existentes. Se publicó por primera vez tal presagio en la época en que prevalecía, en el mundo científico, la doctrina darwinista de la selección natural, que salva a los aptos y condena a los débiles; doctrina que llevada al terreno social por Gobineau, dio origen a la teoría del *ario puro*, defendida por los ingleses y llevada a imposición aberrante por el nazismo»<sup>8</sup>.

Tan aberrante le pareció la actitud nazi que doctrinalmente la deja de mano. Por el contrario, de modo reiterativo ataca la interpretación romántica de la historia, que pone en máximo relieve los caracteres de la propia nación hasta hacer de ella un pueblo de privilegio y de selección frente a los demás, e igualmente combate la doctrina positivista darwiniana por llevar en su misma entraña la lucha antihumana del débil contra el fuerte. Contra estas falsas doctrinas Vasconcelos hace oír su voz de protesta y de enseñanza. Expongamos ahora en resumen el contenido esencial de esta protesta y enseñanza.

## 2. SOLUCION HISPANICA AL DESAFIO RACISTA

Ante el desafío racista Vasconcelos advierte en el pensamiento hispánico una radical oposición teórica y práctica. Al principio de su *Ética* escribe estas líneas que vienen a ser el lema de toda la obra: «Queremos una filosofía hispanoamericana porque no vemos otra manera de acer-

<sup>7</sup> *La raza cósmica*, cit., pp. 44-45.

<sup>8</sup> *Cit.*, p. 9. Nicanor Ochoa Hernández, 'Tres ambientes en el pensamiento de J. Vasconcelos', en *I Primer Congreso Internacional de Filosofía Latinoamericana*, junio 15-21 de 1980, p. 67-75, sustancialmente se anticipa a nuestro esquema al señalar el ambiente positivista, el romántico y el cristiano como el cuadro mental en el que razona Vasconcelos.

carnos a una *Filosofía universal*, dado que está teñido de nacionalismo, cuando no de particularismo, casi todo el pensamiento contemporáneo»<sup>9</sup>. Pero antes de precisar esta teoría hispánica, procede, como preámbulo previo, el indicar los motivos meramente científicos que Vasconcelos oponía al racismo.

El primer motivo lo toma de la misma *biología*, tan malamente usufructuada por todas las tendencias racistas. Contra el mecanismo ciego de las fuerzas naturales, único agente en la lucha por la existencia según la tesis darwiniana, Vasconcelos se vincula a un biologismo de tipo finalista. Y dentro de esta corriente prefiere el telefinalismo de Lecomte de Nouÿ. Ver la naturaleza en despliegue continuo y ascendente desde el átomo a la célula, a la conciencia, al hombre, es tener de ella una concepción mucho más científica que si se la considera sometida de modo exclusivo a las fuerzas exclusivamente mecánicas de la selección natural. El telefinalismo es, por otra parte, constitutivamente antiracista al eliminar la lucha por la supremacía y subrayar las fuerzas ínsitas en todo ser viviente<sup>10</sup>.

Con este biologismo ascendente Vasconcelos une la concepción bergsonianiana de la *duración* en cuanto ésta implica siempre unidad coordinadora en la evolución, como se manifiesta ya en los estados de conciencia, pero que es necesario extender a toda la realidad cósmica. Con esto de peculiar, muy para tenerse en cuenta: que Vasconcelos ve, lo mismo que Bergson, la suprema eclosión de la vida en los místicos. Es esta una de las ideas-madres que acompaña a Vasconcelos en toda su visión de la historia, según veremos más detenidamente en el tercer momento. Baste por ahora esta indicación<sup>11</sup>.

Desde el punto de vista hispánico Vasconcelos concuerda una vez más con R. de Maeztu. Place constatar que este pensador hispánico, en el momento del máximo auge del nacional-socialismo, recuerda que Diego Laínez, al defender en Trento la posible conversión y justificación de todos, defendía igualmente, detrás de esta tesis teológica, «la unidad moral del género humano». De haber prevalecido otra teoría se habría producido en los países latinos una división de clases y de pueblos, análoga a la que subsiste en los países nórdicos<sup>12</sup>.

Como refrendo histórico de esta doctrina recuerda Maeztu que cuando Alonso de Ojeda desembarcó en las Antillas, en 1509, pudo haber dicho a los indios que los hidalgos leoneses eran de raza superior. Lo que les dijo, textualmente, fué esto: «Dios nuestro Señor, que es único y eterno, creó el cielo y la tierra y un hombre y una mujer, de los cuales vosotros, yo y todos los hombres que han sido y serán en el mundo, descendemos»<sup>13</sup>.

Vasconcelos reiteradamente proclama esta misma teoría de la *unidad moral de género humano*. Sobre ella escribe: «Lo que no necesita del concurso del tiempo, sino sólo del concurso de la conciencia, es la *unidad*

9 'Ética', en *Obras Completas*, III (México 1959) p. 665.

10 Expone este telefinalismo como una gran visión ontológica en 'Tratado de Metafísica', en *Obras Completas*, cit., III, p. 425 ss.

11 *Filosofía Estética*, ed. 2 (Colección Austral, Buenos Aires 1952) p. 39.

12 R. de Maeztu, cit., p. 121.

13 Cit., p. 82.

*moral* que ya por sí sola es fuerza invencible y la base de todos los demás poderíos»<sup>14</sup>.

A América llevó ya esta idea Colón. Y los misioneros españoles la pusieron en práctica durante siglos. Así opina Vasconcelos. En su obra, *Indología*, a la que da este significativo subtítulo: *Una interpretación de la cultura ibero-americana*, formula este juicio sobre la proeza de Colón del que extractamos los puntos más salientes: «Natural era que de aquel descubrimiento y de aquel consorcio surgiese también la idea de una raza y de una cultura en que lo universal se convierte en norma, en aspiración y en realidad. Y si Colón se equivocó en el detalle, si no fueron las Indias, sino América la que le salió al paso, en cambio los hechos, más pródigos a veces que la misma fantasía, no sólo confirmaron la realidad de la esfera, sino que ampliaron esa realidad, ofreciendo al futuro un continente inmenso en medio de los mares. Un continente más vasto que la India milenaria y mejor adaptado que ella para ser campo de la civilización universal que han concebido y anhelado todas las épocas»<sup>15</sup>.

No gustan los fríos intelectuales toparse con admiraciones. Sin embargo, en este momento Vasconcelos abraza con el signo de admiración este razonamiento, para subrayar su proyección histórica: «¡Universalidad, el sueño de los monarcas del mundo y de los monarcas de la mente, el sueño griego y el sueño romano, el sueño persa y el sueño hindú, el sueño del navegante, el sueño de todas las almas esforzadas, suspendido como una gran estrella sobre las soledades de esta América extensa y fantástica... como si se hubiese quedado en reserva para la hora de los arreglos definitivos de la civilización»<sup>16</sup>.

Después de esta patética perspectiva vuelve Vasconcelos sobre Colón para escribir: «Por lo que tuvo de inspirada y sintética la palabra de Colón cuando afirmaba haber descubierto las Indias; por todo lo que se contenía de simbolismo trascendental en tal nombre y también por la herencia que de dicho vocablo recayó en los indígenas, tomo esta designación de *Indología* en el sentido de era final y universal de la cultura del planeta»<sup>17</sup>. Vemos, pues, que Vasconcelos, partiendo del mensaje de Colón al llegar a América, presagia optimísticamente el futuro hacia el que camina el destino humano. Desarrollaremos esto en el tercer momento. Baste ahora esta primera indicación que muy luego será ampliamente expuesta.

Esta teoría de la unidad del género humano fue el punto de partida de esa gran labor de millares de misioneros españoles que quemaron su vida —la siguen quemando aún— al servicio de la elevación humana del indio. Apena el que esta labor no sea reconocida fuera del mundo hispánico. Acaba de publicar la revista *Conciliium*, enero de 1982, un número al que titula: «*La Iglesia y el racismo*». Con información muy somera y de investigación nula, es lamentable que la perspectiva histórica de la misma sea tan manca y tan parcial. Bien poco digna del nombre de la revista y de la teología que necesita el siglo XX. En el artículo del

14 *Indología*, p. 25.

15 *Indología*, p. 8.

16 *Indología*, p. 9.

17 *Indología*, ob y l. cit.

francés R. H. Guerrand, la desorientación es total. Bien está que recuerde cómo Paulo III dió bulas a favor de los indios. Pero muy despreocupados se hallaban por aquellas kalendas los Monseñores de Roma sobre los problemas de Indias. Los despiertan los misioneros españoles. Desde la predicación del P. Montesinos en *La Española*, antes de Las Casas, los misioneros salen reiteradamente en defensa de los indios, siguiendo las instrucciones de los Reyes Católicos. Como bofetada antihistórica podemos recoger esta línea de R. H. Guerrand: «En el siglo XVI, con la conquista de América por los españoles, se inicia el tiempo del desprecio»<sup>18</sup>. Con pareja desorientación histórica afirma que fueron Richelieu y Luis XIV quienes declararon a los indios súbditos del Rey de Francia. Siglo y medio antes los habían hecho los Reyes Católicos. Como capuchino puedo recordar la benemérita labor de esta orden en algunas naciones, especialmente en Venezuela y Colombia. Pues bien; R. H. Guerrand lanza contra esta orden un anatema que parece oído en algún brindis volte-riano: «En setenta años —a partir de 1906— los capuchinos españoles aniquilaron en Colombia una cultura india que había resistido a cuatro siglos de colonización blanca»<sup>19</sup>.

Qué distinto es el juicio que le merecen los misioneros a Vasconcelos. «La epopeya de las misiones castellanas, escribe, fue uno de esos capítulos heroicos que nunca sospechó la antigüedad, capítulo heroico en la lucha del alma con las tinieblas»<sup>20</sup>. Ya más en concreto sobre las de California afirma: «Las Misiones construidas por la cultura española en el corazón de la Alta California dejaron entre tanta semilla civilizadora de aquellas soledades, un tipo de construcción macizo y sobrio, hecho de grandes masas, de muros en cerco que servían para proteger el cultivo, la morada y el templo»<sup>21</sup>.

Concluimos este tema con un juicio global que muestra al mismo tiempo lo inacabado de la obra misional: «La labor de los misioneros no ha sido superada en América ni quizá en el mundo entero. Pero, ¿cómo se explica entonces que no venciese definitivamente a las fuerzas enemigas de la cultura? ¿Por qué desaparecieron las misiones sin dejar más que semilla excelente, pero al fin no una obra compacta? Yo creo que la enormidad misma del esfuerzo agotó a cinco o seis generaciones de apóstoles y dejó todavía la tarea inconclusa»<sup>22</sup>.

Creemos esta visión muy certera y muy ligada a la gran cuestión de si la Independencia fue ruptura con el pasado o mantuvo una esencial continuidad con el mismo. No es, sin embargo, el momento de abordarla. Ya habrá oportunidad para hacerlo con detención.

La forma en que cristalizó y está cristalizando la idea universalista hispánica es el *mestizaje*. Tenemos sobre ello una obra ya clásica en España, la de J. Pérez de Barradas: *Los mestizos de América*<sup>23</sup>, escrita

18 *Concilium*. Revista Internacional de Teología, n. 171. *La Iglesia y el racismo* (Madrid 1962) p. 55.

19 *Cit.*, pp. 56-57.

20 *Indología*, p. 76.

21 *Cit.*, p. 37.

22 *Cit.*, p. 145.

23 José Pérez Barradas, *Los mestizos de América* (Colección Austral, Madrid 1948).

en 1948. Vivía aún Vasconcelos, pero, ya anciano, no podemos hablar de un influjo de esta obra en su pensamiento, sino más bien de un influjo contrario. En todo caso hay que decir que por los dos grandes hispanistas se mantiene la misma tesis: «El porvenir humano, si ha de ser más feliz, debe venir por el mestizaje».

En este tema Vasconcelos, más que un investigador, nos parece un bardo épico que canta la gran hazaña del futuro humano, que ya se va haciendo en el mestizaje. Con frase casera y entrañable le llama «*Benjamín de la historia*». A continuación alude a la vida de los crustáceos, poniendo en cuestión si el mestizaje tendrá que utilizar parecidos procedimientos a los de éstos. Lo decisivo es que concluya esta reflexión con este atestado puesto entre signos de admiración: «¡Veo en el triunfo remoto, mas no imposible, de esta aventura del mestizaje, la *única esperanza del mundo!*»<sup>24</sup>. El subrayado es nuestro, pero muy en línea con el pensamiento central de Vasconcelos, quien habla en otro pasaje de procedimiento conformes «*a la era universal que vivimos*»<sup>25</sup>.

Una encarnación viva de este espíritu de mestizaje la ve en el Inca Garcilaso de la Vega. En estos términos comenta el significado histórico del mismo: «La primera vez que el mundo pudo darse cuenta de la aparición de este nuevo ser mestizo ibero-americano fue allá en el siglo XVI, cuando comenzaron a publicarse las obras, célebres en nuestra literatura, del Inca Garcilaso de la Vega. Descendía el Inca de padre español y madre peruana. Se nutrió su juventud con las leyendas de los vencidos, y, aunque personalmente se educó en la clase dominante, sus parientes maternos, sus relaciones locales, le impregnaron del sentimiento indígena. Posteriormente vivió en España y se llenó allá del alma de su raza paterna... su alma fue el primer puente tendido entre las razas antiguas y la raza nueva de la América Española. Difícilmente se halla una figura más grande en la misma España que la de este mestizo Garcilaso de la Vega que tomó en su conciencia la tarea de hacer una sola alma con el conflicto dilacerante de dos civilizaciones rivales. Nadie pensó entonces que este mestizo era inferior ni a sus antecesores indígenas ni a sus antecesores castellanos»<sup>26</sup>. No se puede escribir página más elogiosa del mestizaje en una visión histórica del gran tema.

Para comprender ahora mejor la honda raigambre religiosa y cultural del mismo recogemos esta confrontación entre el Norte sajón y el Sur hispánico, hecha vida en una pregunta que se hace a sí mismo Vasconcelos: «En esta misma América, las dos fuerzas constructoras de lo que somos, ¿no fueron acaso dos fuerzas ideales, rápidas, intransigentes, dominadoras y altas: el espíritu misionero de los católicos y el credo inflexible de los puritanos?»<sup>27</sup>.

Las referencias de Vasconcelos a este contraste son frecuentes. Pero no es posible hacer ahora un detenido comentario a las mismas. Baste, por lo mismo, esta breve alusión por la que dejamos constancia de ello.

<sup>24</sup> *Indología*, pp. 77-78.

<sup>25</sup> *Cit.*, p. 92.

<sup>26</sup> *Cit.*, p. 87.

<sup>27</sup> *Cit.*, p. 80.



Dicho contraste lo sintió de modo mucho más hiriente Rubén Darío, cuando con su estro poético se pregunta ante el empujón del Norte sobre el Sur: «¿Tantos millones de hombres hablaremos inglés? ... ¿Callaremos ahora para llorar después?».

### 3. UNIVERSALISMO PLANETARIO O RAZA COSMICA

Sabido es que la *Filosofía de la Historia* de Hegel relega a América a la prehistoria. Ahora bien, la prehistoria, comenta muy certero Ortega, goza en el pensamiento hegeliano de un valor sustantivo. No es solamente la madrugada oscura de la historia, su primer capítulo tenebroso o lívido. Es francamente no-historia, antehistoria<sup>28</sup>. Vasconcelos desprecia profundamente la filosofía de cátedra de Hegel hasta llegar a decir que es la más perjudicial de todas las filosofías<sup>29</sup>. Por lo que toca a la interpretación del destino de América se sitúa al polo opuesto del filósofo alemán. No ve en ella sólo un pasado sino una gran actualidad, preñada de prometedor futuro. Este futuro tan prometedor lo anuncia la quinta raza de la humanidad que se está forjando en Iberoamérica. Llegará un día a ser la raza cósmica, que traerá consigo el universalismo planetario. Con entusiasmo de profeta bíblico prevé un tiempo en que la humanidad entera se derramará sobre el trópico y en la inmensidad solemne de sus paisajes las almas conquistarán la plenitud. Hay esperanza de que esto suceda así porque, si bien los blancos intentarán, al principio, aprovechar sus inventos en beneficio propio, no será fácil que lo logren, porque la ciencia hoy ya no es esotérica, privilegio de unos pocos. Los absorberá la avalancha de todos los demás pueblos y finalmente, deponiendo ellos su orgullo, entrarán con los demás a componer la nueva raza síntesis, la quinta raza futura. Unas páginas después completa la misión que da a los blancos en estos términos: «Los mismos, descontentos del materialismo y de la injusticia social, en que ha caído su raza, la cuarta raza, vendrán a nosotros para ayudar en la conquista de la libertad»<sup>30</sup>.

En una visión unitaria de *Ética* y *Estética*, aplicadas a la Historia, enuncia Vasconcelos la gran ley de esta quinta y última raza: «*La vida fundada en el amor llegará a expresarse en formas de belleza*»<sup>31</sup>. Un pasaje de *Indología* expone este mismo tema, pero en contraste con otras concepciones inaceptables. Dice así: «De la mezcla armoniosa no saldrá sin duda el superhombre nietzscheano, el selecto de Darwin, de maxilares de tigre que devora a sus afines. Lo que puede salir es el Totinem (del latín *totus* = todo; *inem* = hombre), el hombre todo, el hombre síntesis, el prototipo y tipo final de la especie»<sup>32</sup>.

28 En *El Espectador* —VII, 1930— escribe J. Ortega y Gasset, 'Hegel y América', en que resume de modo preciso lo que dice Hegel sobre el tema (*Obras Completas*, II, pp. 563-76).

29 Véase Agustín Basave Fernández del Valle, *La filosofía de José Vasconcelos* (Madrid, Edic. de Cultura Hispánica 1958) p. 449.

30 *La raza cósmica*, p. 33.

31 *Cit.*, p. 35.

32 *Indología*, p. 93.

A nuestra sensibilidad clásica no gusta la formación de la nueva palabra forjada por Vasconcelos para aclarar su pensamiento. Pero este es manifiestamente grandioso y prometedor. Bien fuera que este mundo, previsto proféticamente en lontananza por Vasconcelos, no se tronchara por siniestros avatares históricos.

Para justificar esta gran meta, final de la evolución de la historia humana, Vasconcelos, siguiendo su tendencia al ritmo, expone su teoría de los tres estados. Es una teoría paralela a la de A. Comte, aunque de signo bien diferente. He aquí los tres estados señalados por Vasconcelos: el material o guerrero; el intelectual o político; el espiritual o estético.

En el primero la humanidad, sin coherencia alguna, está sujeta a la ley del instinto, con predominio de la guerra. Evoca aquí Vasconcelos el «bellum omnium contra omnes» de Hobbes.

El segundo estado social está regulado por la razón que señala la regla y la norma. Este orden puede hacerse tan exigente que raye en la tiranía. Nos parece que en este segundo estadio Vasconcelos se mueve dentro del esquema de cuantos han visto la sociedad desde el plan ordenador de la razón que busca hacer posible la convivencia humana. Tal es el caso de F. Tönnies, quien tenía muy presente ante sí la ordenada *polis* griega y sobre todo la magna estructuración del imperio romano con su derecho meticuloso y formalista y sus instituciones exigentes y precisas. El pensamiento lógico y el sentido del deber presiden este segundo estado social.

Pero hay otro tercer estado: el espiritual o estético. Este nace de la acción de la voluntad libre que suscita una constante inspiración creadora que motiva un júbilo fundado en el amor. Esta inspiración crea, en el plano de la sociedad mínima, la familiar, un matrimonio de encuentro de almas, que ya no es mera satisfacción del instinto o consuelo de desventuras y fracasos, sino que llega a ser una verdadera obra de arte.

En el plano de la relación entre las naciones Vasconcelos anuncia la fusión de las gentes, la aparición de la quinta era del mundo, la era de la universalidad y del sentimiento cósmico. De esta fusión de pueblos busca en el Cristianismo su ley primaria, que es la del amor. Jesucristo, escribe Vasconcelos, es el autor del mayor movimiento de la historia y anunció el amor a todos los hombres. Este amor vendrá a ser el dogma fundamental de la quinta raza que ha de surgir en América<sup>33</sup>.

Desde la historia de las ideas podemos constatar la vinculación de Vasconcelos con San Agustín a quien reiteradamente cita al señalar el amor como ley de la raza futura<sup>34</sup>. No deja, sin embargo, de extrañar que no le mente al anunciar la quinta raza cósmica, que viene a ser lo que otros pensadores cristianos, igualmente preocupados por el porvenir de la humanidad, han llamado «Nueva Ciudad de Dios» en el final de la historia.

<sup>33</sup> Detenidamente expone J. Vasconcelos su teoría de los tres estados en *La raza cósmica*, p. 37 ss.

<sup>34</sup> Hace referencia explícita a S. Agustín especialmente en *Filosofía Estética*, cit., pp. 33, 46 y 92.

A esta visión grandiosa y motivada le añade Vasconcelos unos apéndices secundarios que la pudieron dañar. En el plano familiar, A. Fernández Basave juzga candidez la afirmación de Vasconcelos, según la cual llegará un día en que sólo las leyes elevadas de la emoción regularán exclusivamente la elección de las parejas conyugales. También es una teoría sin fundamento el juzgar al trópico, siguiendo un ritmo cósmico, el lugar del encuentro definitivo de la humanidad con prevalencia a la región nórdica que hoy detenta el poder.

Pero si dejamos estos apéndices no exigidos por la gran Filosofía de la Historia de Vasconcelos bien podemos pensar con él mismo que ni el biologismo de las leyes mendelianas, ni el sentido social de los futuros gobiernos pueden lograr hermanar a los pueblos si no se cultiva la *simpatía* de las almas. La palabra simpatía la entiende Vasconcelos en sentido cósmico y evoca en este momento la doctrina de Plotino sobre la misma, pero retocada y rectificada por el amor cristiano. San Pablo enseña a Vasconcelos a rectificar y completar a Plotino. Ante la Carta a los *Colosenses* escribe: «En ella se trata de una doble reconciliación que abraza a la vez la conversión de los hombres y el acercamiento mutuo de las creaturas hasta entonces en guerra. Se ensancha el horizonte de la reconciliación y vemos que todas las cosas recobran la concordia y la armonía en Cristo, el pacificador universal»<sup>35</sup>.

La mejor conclusión de estas iniciales reflexiones sobre esta gran *Filosofía de la Historia* de Vasconcelos podrían ser las últimas líneas de su densa obra, ya reiteradamente citada, *La Raza cósmica*. En ellas pide que se erija un monumento en el que de alguna manera sea simbolizada la ley de los tres estados: el material, el intelectual y el estético. Este monumento serviría, dice textualmente en sus últimas palabras: «para indicar que, mediante el ejercicio de la triple ley, llegaremos en América, antes que en parte alguna del globo, a la creación de una raza hecha con el tesoro de todas las anteriores, la raza final, la raza cósmica»<sup>36</sup>.

ENRIQUE RIVERA

35 *Filosofía Estética*, p. 125.

36 *La raza cósmica*, p. 57.